

ANTOLOGÍA DE RELATOS JAPONESSES

TRES MAESTROS DE LA LITERATURA

**Ryūnosuke Akutagawa
Osamu Dazai
Kenji Miyazawa**

**Traducción del japonés:
Isami Romero Hoshino
Juan Luis Perelló Enrich
Juan Antonio Yáñez Rosado**

**QUATERNI**

Copyright © 2014 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción del japonés: Isami Romero Hoshino; Juan Luis Perelló Enrich y Juan Antonio Yáñez Rosado
Revisión y adaptación: Juan Jiménez Ruiz de Salazar

ANTOLOGÍA DE RELATOS JAPONESES. Akutagawa, Dazai y Miyazawa: tres maestros de la literatura.

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-941802-2-4

EAN: 9788494180224

IBIC: FA

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Buenos Aires | Madrid | México D.F. | Santiago de Chile

Editor: José L. Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | www.dombidau.com

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Gráficas Díaz Tuduri, S.L.

Depósito Legal: M-18351-2014

Impreso en España

20 19 18 17 16 15 14 (07)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

RYŪNOSUKE AKUTAGAWA



LA ANCIANA FANTASMAGÓRICA

Traducción de Isami Romero Hoshino

Usted no va a creer lo que le voy a contar. Es más, estoy seguro de que pensará que se trata de una mentira. Aunque en el pasado haya existido, lo que voy a narrarle fue un hecho acaecido en los gloriosos años de nuestra era Taishō. Además, aconteció aquí mismo en Tokio, un lugar donde usted ha vivido y conoce a la perfección. Si sale a sus calles, verá que están circulando trenes y automóviles. Si entra a sus casas, escuchará constantemente el sonido del timbre de los teléfonos. Si lee sus periódicos, podrá encontrar crónicas sobre huelgas y movimientos feministas.

Sé que no va a creerme, por más que le diga que fue verdad, que en nuestros días, en un rincón de esta gran urbe, ocurrió un caso siniestro digno de una novela de Poe o de Hoffmann. Aunque existan millones de faroles en los barrios de Tokio, cuyas luces ahuyentan la noche que cubre esta ciudad justo al momento de caer del sol, jamás podría ocurrir lo contrario: que se prendan todas durante el día.

A eso me quiero referir, a pesar de que la naturaleza haya sido dominada por los radiotelégrafos o por los aviones, en la inmensidad de este mundo no se ha trazado un mapa que delimite todavía las cosas misteriosas. ¿Por qué en este Tokio iluminado por la luz de la civilización, existen misteriosos espíritus que solo podrían ser captados dentro de un sueño? ¿Por qué han podido generar dentro del tiempo y en el espacio, misterios como los que acontecieron en la Taberna de Auerbach? No solo en el tiempo o en el espacio, desde mi punto de vista, un fenómeno sobrenatural de tal magnitud puede ocurrir como el brote de una flor nocturna, que desde su inicio hasta su final, estará presente a nuestro alrededor.

Por ejemplo, si usted camina por las calles de Ginza en las medianoches invernales, su mirada se fijará necesariamente en las hojas de papel tiradas sobre el asfalto, normalmente son como veinte y están concentradas en un solo lugar moviéndose bajo un torbellino. Si nada más fuera eso, no se lo contaría, pero lo invito a observar el lugar donde los papeles están haciendo ese remolino. Encontrará invariablemente que de Shinbashi hasta Kyōbashi, en la parte izquierda, habrá tres pedazos, y en la derecha, uno, cada uno de ellos sin excepción estará cerca de un cruce de caminos de esta gran avenida; la explicación de este fenómeno está relacionada con las corrientes atmosféricas. Pero al observarlo con detenimiento, encontrará que en el centro de todos los torbellinos de papeles hay uno de color rojo.

Ya sea la propaganda de una película o la marca de unas cerillas, sea lo que sea, siempre se podrá ver este tipo de colores, sin ninguna duda. Estos papeles de colores dirigen a los otros cuando sopla de pronto algún viento y, si eso ocurre, se alzan en un santiamén. Lo más interesante es que una

especie de voz emerge, como si fuera un murmullo, dentro de esta tenue nube de polvo. Cuando lo anterior ocurre, los papeles blancos esparcidos en el asfalto desaparecen en un instante. Bueno, no es que se evaporen. Dibujan un arco de un golpe y salen volando como si nadaran. Cuando cesa el viento, sucede algo similar, pero, hasta donde yo he podido ver, son las hojas rojas las que suelen detenerse antes. Ante este fenómeno, estoy segurísimo de que aun usted dudaría. Por lo menos, yo sí lo haría. De hecho, dos o tres veces me he detenido y desde un escaparate cercano, cuyos vidrios amplios permiten la entrada de los rayos de luz, me he puesto a observar detenidamente cómo vuelan sin cesar los papeles. Al hacerlo, he sentido que puedo captar cosas que los ojos humanos no pueden ver normalmente, como los murciélagos perdidos en las oscuras tardes, o aunque sea vagamente, cosas similares.

Sin embargo, no son solo los papeles tirados en la avenida Ginza todo lo extraño que hay en la ciudad de Tokio. Incluso en los trenes urbanos, nos podemos topar en algunas ocasiones con eventos sumamente extraños cuyas consecuencias superan nuestros pensamientos. Dentro de ellos, el más gracioso es el del penúltimo, o último, tren que se detiene siempre en las estaciones en las que no hay pasajeros. Como el caso de los papeles mencionado con anterioridad, le hacen dudar a uno. Si lo anterior le parece trillado, le recomiendo que intente meditarlo esta misma noche. Lo pude constatar en los trenes urbanos, en particular en dos líneas: la Dōzaka y la Sugamo.

Justo la pasada noche, hace como cuatro o cinco días, el último tren en que me subí se paró efectivamente en una estación en donde no había pasajeros y tampoco se bajó nadie. Fue en Dangozakashita. Mientras el cobrador ponía

su mano en la cuerda de la campana, sacó medio cuerpo y dijo después, como siempre: «¿Suben?». Yo estaba muy cerca de la tarima del cobrador, vi de inmediato la ventana y observé hacia fuera. Allí, la tenue luz de una luna cubierta por una delgada nube iluminaba, por supuesto, debajo de la columna de la estación, las dos casas del pueblo que estaban completamente cerradas, y en las amplias calles de la medianoche tampoco había sombra alguna. «¿Qué raro?». Justo cuando lo pensé, el cobrador tiró de la cuerda de la campana y el tren comenzó a moverse; aun así, mientras observaba desde la ventana, conforme se alejaba la estación, mis ojos atisbaron, por lo menos eso pienso yo, que dentro de esa luz de luna se reflejaba la cada vez más pequeña sombra de una persona. No es necesario recalcarlo, pero probablemente fue producto de mis nervios, sin embargo, ¿por qué el cobrador habría detenido el último tren, que corre apresurado a su destino, en una estación en donde nadie se va a subir? No he sido el único que lo ha experimentado, tres o cuatro amigos me han comentado también lo mismo. Visto así, no puede ser que la única explicación haya sido la imprudencia de un cobrador dormido. De hecho, uno de mis conocidos abordó al conductor y le dijo: «No hay nadie». El cobrador mostró la duda en su rostro y le contestó: «Había muchas personas, señor». Eso fue lo que me contó.

Puedo seguir contándole más cosas: el humo de las chimeneas de la fábrica de municiones del ejército de tierra que se mueve en dirección contraria al viento, las campanas de la Catedral de la Santa Resurrección que suenan de pronto a medianoche aunque no haya nadie que las toque, dos trenes con el mismo número que cruzan las calles de Nihonbashi en el atardecer, o que en el Salón de

Sumo vacío cada noche se escuchan los aplausos de una muchedumbre...

Estos fenómenos, que se conocen comúnmente como «aspectos naturales de la noche», hacen su aparición sin cesar en los barrios de esta floreciente Tokio, como bellas polillas que emprenden el vuelo. Por lo tanto, la historia que le voy a contar ahora está alejada del mundo real, más de lo que su mente puede imaginar, desde su inicio hasta su final. En serio, si usted conoce alguno de los misterios de las noches de Tokio, no se podrá mofar de mi relato. Pero, en caso de que después de haberlo escuchado, aún siente que es un disparate o una tomadura de pelo, que parece como el fuego fantasmagórico que Nanboku Tsuruya IV usaba en sus obras de kabuki, en ese caso, no significará que mi historia sea una mentira, pues esto se deberá, probablemente, a que no tuve la capacidad narrativa suficiente para superar obras maravillosas como las de Poe o Hoffmann.

Cabe destacar que, desde que la persona involucrada me contó frente a frente y con todo lujo de detalles lo acontecido hace uno o dos años en una noche de verano, no se me ha olvidado todavía que junto a nosotros había una especie de presencia fantasmagórica. Yo sentí que esa cosa nos estaba abrazando.

El hombre en cuestión es el joven dueño de una librería que frecuento habitualmente en los alrededores de Nihonbashi. Normalmente, cuando termina nuestra charla de negocios, salgo de allí, pero justo esa noche llevaba lloviendo desde el atardecer, así que, aunque en un principio mi intención era solo resguardarme de la lluvia, al cabo de un rato terminé acomodándome en ese lugar. El joven librero era de tez blanca y extremadamente delgado. Ese día estaba sentado en la parte final de la veranda con el ceño

fruncido, las llamas de una lámpara de papel iluminaban el lugar, y estuvimos charlando de diversos temas mientras pasaba la noche.

—Hay algo que quiero contarle maestro, desde hace mucho se lo he querido comentar —justo cuando comenzamos a profundizar en nuestra charla, con un semblante muy preocupado la interrumpió. Era el tema principal de este texto: la historia de la anciana fantasmagórica. Aun ahora está fresca en mi memoria aquella imagen de ese joven librero vestido con chaqueta veraniega sentado frente a una sandía, ese hombre, que desde los hombros parecía un dibujo a tinta desvaído, contándome en voz baja una cosa confidencial. Por cierto, déjeme contarle un detalle más. Ha sido algo que no se me ha podido olvidar. Después de que parase de llover esa noche, allá donde estaban las hierbas otoñales, había unas nubes que se pusieron negras. Esa imagen oscura que se veía más allá de la lámpara colocada sobre la cabeza del joven, esa cosa que vi alumbrada por la nítida luz, sigue aún presente en mi cuerpo.

Bueno, la historia que quiero contarle fue algo que experimentó este joven librero de nombre Shinzō (para evitar cualquier problema, pongo aquí un nombre ficticio) en su vigésimo tercer verano. En ese momento, había algo que lo inquietaba y fue a consultar a una anciana médium que se comunicaba con los dioses. Su casa estaba en el primer barrio de Honsho. Todo comenzó ahí. Un día de principios de junio, Shinzō junto con su amigo de la escuela de comercio, que era dueño de una mercería en el vecindario, fueron al mesón de sushi Yobee. Mientras se tomaban unas copas y al calor de la borrachera, le comentó a su amigo sus preocupaciones. El señor Tai, así se llama ese amigo, de pronto puso cara seria.

—Entonces debes consultarlo con la anciana Oshima —le recomendó con entusiasmo.

Después de que el amigo le preguntase el porqué de su respuesta, este le contó que hace dos o tres años, esa anciana médium se había mudado desde Asakusa para establecerse en el lugar donde estaba ahora. Leía la suerte pero también hacía conjuros. Daba la sensación de que contara con la ayuda de alguna comadreja.

—Tú también lo sabes, ¿no?, que en otra ocasión la dueña retirada del Gyōmasa se arrojó al río. Pues, como por alguna razón su cuerpo no emergía, arrojaron el amuleto que le dio la anciana Oshima y cuando lo hicieron, ese mismo día, desde el primer puente del río Tate, su cuerpo flotó a la superficie. ¿Cómo lo ves? Y fue en el mismo lugar donde arrojaron el amuleto. Fue justo al atardecer en el momento que la marea se alzaba, el capitán de un barco que transportaba piedras, lo encontró. «Aquí tienes un cliente». Dado que se trataba de una ahogada, la llevó de inmediato a la comisaría del puente. Cuando pasé, ya había llegado un oficial de la policía. Al figonear detrás de la muchedumbre allí ubicada, pude ver que estaba el cuerpo de la ermitaña. La habían colocado en el suelo, pero le habían puesto encima una estera de bambú. En las plantas de los pies ampollados que se asomaban por el bambú, ¿qué crees que había? Estaba pegado aquel amuleto. Al ver esa escena, hasta yo mismo sentí escalofríos.

Cuando escuchó lo que le estaba contando su amigo, también Shinzō sintió un escalofrío en su espalda; el color de la corriente vespertina, la forma de la pila del puente y más que nada la imagen de la dueña jubilada flotando ahí... Sintió que se le aparecían frente a sus ojos todas esas cosas.

—Eso debió ser muy interesante, voy a pedirle entonces que me lea la suerte —dijo eso porque estaba achispado,

pero en realidad era una forma de mostrar su hombría, ya que se estaba muriendo del miedo.

—Entonces, yo te guío. No he ido a verla desde que me leyó cómo sería mi fortuna. ¿Sabes? Me llevo bien con la anciana.

—Por favor, acompáñame entonces.

Al decirlo, con un palillo en la boca, salieron del Yobee, se pusieron sus chaquetas veraniegas y sus sombreros de paja para cubrirse de los rayos del poniente de ese día soleado de época de lluvias; así los dos se fueron hasta donde estaba la anciana médium.

¿Qué atormentaba a Shinzō? Desde hace un año, salía con una de sus sirvientas, una mujer llamada Otoshi, pero, a finales del año anterior, ella se había ido a ver a su tía enferma y desde ese día no sabía nada sobre su paradero. Shinzō no fue el único que mostró su preocupación, también su madre, quien sentía un aprecio genuino por Otoshi. Así la buscaron, preguntándole primero al garante que se la había presentado, y luego, a todas las personas que la conocían, una por una, pero no dieron con ella. Algunos la habían visto como enfermera, otros, como concubina; sin embargo, todo eran rumores y no lograron una pista concreta en su pesquisa.

En un inicio, Shinzō se preocupó pero luego le dio rabia y ahora estaba totalmente deprimido; al ver que no tenía energías, la madre se dio cuenta de la relación que había entre los dos, convirtiéndose en un nuevo problema también para ella. Hizo que fuera a obras de teatro. Le recomendó que se fuera a tomar unos baños termales para aliviarse. O bien le encomendó que fuera a las fiestas de negocio en representación de su padre. Hizo lo imposible para distraer a su deprimido hijo. De hecho, ese mismo día

le había encomendado que fuera a revisar los pequeños negocios del vecindario de Honsho, pero la verdad era que quería que se distrajera. Fue por eso que en su cartera le puso mucho dinero. Y, para su fortuna, en Higashi-Ryōgoku vivía el señor Tai, su amigo de la infancia que se lo llevó al mesón de sushi Yobee cercano para tomarse unas copas.

Dada la situación anterior, aunque fuera algo improvisado, dentro del borracho Shinzō había una brizna de seriedad acerca de ir a ver a la anciana Oshima. Después de girar en el primer puente del río Tate, caminaron por una calle paralela a la orilla sin mucha gente y volvieron a girar en el segundo puente. Entre los puestos del enlucidor y la tienda de abarrotes, había una casa de ventanas de bambú; la puerta también tenía vallas, pero estaban cubiertas de hollín... Cuando comprendió que esa era la casa de la anciana médium, tuvo un extraño presentimiento de que el destino de Otoshi y el suyo propio se definiría con las palabras que pronunciara la misteriosa Oshima. Se le quitó por completo toda la borrachera que traía. Nada más verla, la casa de esa anciana hacía sentir a cualquiera una depresión. Era una morada de una sola planta con un alero bajo que por el clima de esa época del año, sobre el musgo de las piedras donde caía la lluvia, parecía brotar moho; había una humedad inusual por todas partes. Asimismo, en los límites de la bodega contigua había un sauce llorón, cuyas hojas cubrían las ventanas, incluso su sombra caía sobre el tejado, más allá de las ventanas de papel parecía estar escondido un misterio que no se debía revelar. Me contó que todo estaba dentro de un oscuro bosque.

Sin embargo, frente a ese escenario, el señor Tai se mostró totalmente indiferente y después de pararse frente a la ventana con vallas de bambú, se giró hacia Shinzō.

—Entonces, ¿estás listo para nuestro encuentro con la bruja? Pero no te asustes, ¿eh? —le dijo como si lo quisiera amedrentar, aunque ya era demasiado tarde para hacerlo. Por supuesto, Shinzō se rio de lo que le había dicho su amigo.

—Ni que fuera un niño. ¿Quién se va a espantar por una anciana? —le reprochó, pero, lejos de sentirse mal, el señor Tai lo miró con unos ojos llenos de malicia.

—Conste que te he avisado. Es cierto que nadie se espantaría por ver a una anciana, pero este es un lugar que tú no podrías imaginar, aquí hay otra mujer, una hermosura. Por eso te lo estoy advirtiendo —dijo y puso las manos sobre las vallas—. Disculpe —dijo con voz impetuosa.

—Pase —respondió alguien de inmediato y abrió con cuidado la ventana de papel, cerca de la entrada estaba una tierna muchacha de diecisiete o dieciocho años sentada de rodillas. Esto lo explicaba todo. El «no te asustes» dicho por el señor Tai ya no le extrañaba para nada. Tenía una tez blanca, una nariz fina, las raíces de su cabello eran hermosas, y sus ojos, en particular, emanaban una frescura... Pero esa cara también estaba dolorosamente demacrada, incluso el estampado con flores de *nadeshiko* parecía apretarle los pechos de su llamativo kimono azul marino sin pautas. Al ver la cara de esa muchacha, el señor Tai se quitó su sombrero de paja.

—¿Y su madre? —le preguntó.

—Desgraciadamente no está en casa, señor —dijo con una cara que no ocultaba nada, lo hizo como si hubiera hecho algo malo y cerró los párpados, pero luego con una mirada rápida, se giró hacia la puerta y le cambió en un instante el semblante.

—Ah —gritó en voz baja, como si quisiera salir volando de ahí.

Dado que estaban en ese vecindario, el señor Tai pensó que se trataba de algún psicópata y se giró apresuradamente, pero no podía ver ya la figura de Shinzō, quien hasta unos momentos antes había estado parado en la luz vespertina. Y no le dio tiempo de recuperarse antes de espantarse por segunda vez, pues bajo las mangas de su kimono estaba la hija de la anciana médium resollando casi tirada en el suelo.

—Señor. Por favor, dígame a su acompañante que no venga de nuevo por este vecindario. Si no me hace caso, algo terrible le puede pasar, incluso puede poner su vida en peligro —dijo con una voz forzada.

El señor Tai no entendía lo que estaba pasando, sintió que su cuerpo parecía humo y se quedó por un rato parado como un tonto, pero acató lo que le había dicho.

—Entendido, le advertiré lo que me dijo —contestó. Probablemente estaba consternado. Después de salir corriendo con su sombrero de paja colgando, persiguió a Shinzō; corrió media manzana.

A media manzana de ahí, justo frente a un lugar empedrado en la orilla del río, donde el sol del poniente alumbraba una parte, solo había un poste de luz... Ahí estaba, pues, cabizbajo Shinzō con su chaqueta de verano, con sus mangas juntas; estaba mirándose sus pies totalmente detenido. El señor Tai sentía que se le salía el corazón después de haberlo perseguido.

—¡Esto es una broma o qué! Caray, fui yo el que te dijo que no te asustaras, pero el que terminó espantándose fui yo. Conoces a aquella niña hermosa, ¿no?... —le preguntó,

pero Shinzō ya había comenzado a caminar nervioso hacia el primer puente.

—Claro que la conozco. Es precisamente Otoshi —contestó con voz alborotada. Su amigo se asombró por tercera vez.

Tenía que estarlo. Fue a ese lugar para saber el paradero de esa mujer en cuestión y resultó que ella era la hija de la anciana Oshima. Pero no podía permanecer anonadado mucho tiempo, esa muchacha le había encomendado que le comunicara un recado a su amigo. Casi al mismo tiempo que se ponía su sombrero, le dijo al pie de la letra las palabras de Otoshi: no se debería acercarse de nuevo a este vecindario. Shinzō escuchó callado el recado, luego frunció el ceño y con ojos suspicaces dijo enojado:

—Entiendo que me diga que no vuelva, pero ¿no es algo extraño que mi vida corra peligro si lo hago? Más que extraño, es violento.

Pero el señor Tai simplemente le había pasado el recado, no podía contestar su pregunta, al igual que él, salió corriendo de la casa de la anciana Oshima y no pudo preguntar las razones; podría consolarlo diciéndole cualquier cosa, no obstante, no podía hacer más que eso. Shinzō se quedó callado como si fuera otra persona y comenzó a caminar rápido, al cabo de un rato llegaron hasta donde está el banderín del mesón de sushi Yobee; de pronto se giró hacia el señor Tai.

—Debí haber entablado conversación con Otoshi —se le escurrieron esas palabras desalentadas.

—Entonces, deberías ir de nuevo —dijo burlándose su amigo sin pensarlo mucho en ese momento. Ahora que lo pienso, esas palabras fueron la leña que prendió fuego a un corazón de Shinzō cada vez más ardiente por verla.

Después de despedirse de su amigo, Shinzō fue de inmediato al mesón Gallo de Pelea Rapado ubicado frente al templo de Ekōin. Mientras esperaba a que anoheciera, se vació dos o tres botellas de sake. Y una vez que se hizo completamente de noche, se puso su chaqueta de verano y comenzó a correr de nuevo expulsando un aliento alcohólico. Así irrumpió hasta donde estaba Otoshi en la casa de la anciana médium.

No había una sola estrella, era una noche negra y, aunque salía un vapor del suelo sin cesar, soplaba un viento frío. Era un clima típico de la temporada de lluvias. Por supuesto, Shinzō estaba iracundo. Hasta que no pudiera escuchar lo que realmente pensaba Otoshi, no podía regresar a casa. El cielo lucía como si se hubiera escurrido tinta negra sobre él, ahí estaba ondulante el sauce y debajo de él, una luz salía de la ventana de vallas de bambú. No le importó lo tétrico que se veía ese lugar, abrió su puerta y traspasó el estrecho piso de la entrada.

—Buenas noches —dijo gritando.

Al escuchar esa voz, cualquiera podía saber de inmediato de quién se trataba. Aquella dulce voz que le respondió en ese momento estaba temblando de miedo. Al cabo de un rato, se abrió la ventana de papel, en un rincón estaba la cadavérica Otoshi iluminada por el foco del cuarto contiguo, se veía como si en cualquier momento se fuera a poner a llorar; su semblante era muy triste. Por otro lado, el hombre estaba borracho, llevaba colgando el sombrero de paja sobre la nuca.

—Bueno, ¿está en casa tu madre? Quería mostrarle algo, por eso he venido hasta aquí —dijo descaradamente mientras miraba con crueldad a Otoshi.

¡Qué tan doloroso había sido para ella! Otoshi tenía sus manos en el suelo y los hombros ajados como si quisiera desaparecer del lugar.

—Sí —contestó y posteriormente trató de contener las lágrimas.

—De inmediato —Shinzō trató de decir eso mientras expulsaba un aliento alcohólico como si fuera un arcoíris, pero justo en ese momento, de la puerta corrediza del otro cuarto que había estado cerrada, escuchó como si un sapo croara.

—¿Quién está ahí? No tenga vergüenza, venga para aquí —escuchó la voz de la anciana Oshima, la cual carecía de fuerza y era algo nasal. Era una persona que generaba un gran temor. Era la desgraciada que había escondido a Otoshi. Había que ponerla a ella en su lugar.

Como estaba tan encolerizado, después de despojarse de su chaqueta de verano, Shinzō se dispuso a irrumpir en el aposento de esa mujer a la par que dejó el sombrero de paja en manos de Otoshi. Ella intentó detenerlo pero no importó, así que entró triunfante al cuarto contiguo. Quien realmente estaba sufriendo era ella encerrada en el otro cuarto. De inmediato pegó su oreja en las puertas corredizas y se desembarazó de poner en orden la gabardina y el sombrero que le había arrojado. Sus ojos, llenos de lágrimas, miraron hacia el techo, se llevó sus delgadas manos hasta su pecho, e incluso en su frente se podía advertir que estaba tratando de orar algo.

Una vez que penetró en el cuarto, sin mostrar ninguna consideración, Shinzō tomó un cojín y se sentó de rodillas. Se puso a inspeccionar lo que le rodeaba. Como se había imaginado, tanto el techo como las columnas del cuarto eran de color hollín. Era una habitación de ocho tatamis raídos